

El Dios de las crisis

La rebelión de Lucifer en el cielo fue seguramente la mayor crisis que jamás se haya desatado en todo el universo. Marcó el surgimiento del pecado. Sus consecuencias son indescriptibles. El gobierno de Dios fue desafiado y su carácter impugnado con falsas acusaciones. Ángeles leales al Todopoderoso albergaron la duda en sus mentes, y una tercera parte de las huestes celestiales decidieron unirse al líder de la rebelión y seguirlo; y lo harán hasta cosechar las últimas consecuencias del pecado: su destrucción final en el lago de fuego.

La humanidad también sería víctima del engaño y participaría del mismo espíritu rebelde hasta que, finalmente, un sector mayoritario fuera destruido con el diablo a quienes multitudes incontables decidieron dar su lealtad antes que a Dios (Apocalipsis 20:7, 8). El surgimiento del pecado fue una crisis tan grande que su solución requirió la muerte del Hijo de Dios. Con toda razón hablamos de «el conflicto de los siglos», y no sin motivo lo denominamos «el gran conflicto» de todas las edades. Fue al Dios que llamó a Jeremías a quien le tocó enfrentar esta crisis. Así pues, el Dios de Jeremías sabe de crisis. Es el Dios de las crisis. Necesitamos recordarlo al repasar los eventos que rodearon la vida de Jeremías y su pueblo mientras él cumplía su misión como mensajero a Judá y como «profeta a las naciones» (Jeremías 1:5, 10).

En los días de Jeremías, el reino de Judá no solo enfrentaba la crisis externa de la amenaza de una potencia enemiga, Babilonia. También enfrentaba una gran crisis interna por rehusar arrepentirse de sus pecados, que era lo que Dios les rogaba que hicieran a fin de librarlos de sí mismos y de sus enemigos. Pero no quisieron recibir su mensaje, enviado por medio del profeta; se negaron a reconocer su pecado. Esta crisis, la espiritual, era mucho más seria que el peligro militar que los amenazaba. Era de mayores consecuencias porque al negarse a oír ponían en riesgo no solo su vida temporal sino también la eterna.

Desde la caída en el pecado hemos vivido en continuas crisis. Es una realidad existencial que no puede ser negada por ningún ser humano, puesto que todos la conocemos por experiencia. Pero el mensaje del libro de Jeremías es que Dios está en el control y puede libramos no solo de las crisis nacionales, institucionales, o familiares, sino también de las más difíciles porque son la fuente de todas las demás, nuestras crisis personales.

Una breve historia

Después de la muerte de Josué, el pueblo de Israel hizo exactamente lo que Dios les había dicho que no hicieran: entraron en alianzas con habitantes de la tierra de Canaán y, en vez de derribar sus altares erigidos para la adoración de sus dioses paganos, se sirvieron de ellos para sus propias prácticas idólatras (Jueces 2:1, 2). Cuando murió toda la generación que había vivido durante el tiempo de Josué y de los ancianos que le sobrevivieron, los que habían sido testigos de las grandes obras que el Señor había realizado en favor de Israel, «se levantó otra generación que no conocía al Señor, ni la obra que él había hecho por Israel» (versículo 10).

Esta nueva generación hizo lo malo ante los ojos de Dios, y en vez de servirlo, sirvieron a los baales. Abandonaron al Dios de sus padres, adoraron a los dioses de los pueblos circunvecinos y provocaron el enojo del Señor. El culto a dioses falsos llegó a ocupar el lugar del culto a Jehová, el que los había libertado de la esclavitud egipcia (versículos 11-14). Aun así Dios no los abandonó definitivamente. En vez de eso, se manifestó a ellos como un Dios libertador. El relato bíblico nos dice que «Jehová levantó jueces que los librarán de manos de quienes los despojaban» (versículo 16).

Desde la muerte de Josué hasta el inicio del reinado de Saúl, primer rey de Israel, los líderes principales del pueblo fueron los jueces. Sus actividades no se limitaban a lo que hoy consideramos funciones judiciales. Nuestra división actual del gobierno en los poderes legislativo, ejecutivo y judicial es una innovación relativamente reciente. En el contexto bíblico y particularmente el de la época de los jueces, el término «juez» usualmente es paralelo a «rey» (Salmo 2:10; Isaías 33: 22).¹

En determinadas circunstancias los jueces, ya fueran los denominados mayores (de los cuales tenemos más información) o los llamados menores (de los cuales tenemos menos información), aparecían suscitados por Dios como libertadores del pueblo (Otoniel, Aod), o elegidos por sus compatriotas (Jefté), o mediante algún anuncio profético (Barac), o a través de alguna otra manifestación especial de la providencia divina (Gedeón, Sansón).²

Época de apostasía

El período de los jueces se caracterizó por la rebelión y la apostasía y, en consecuencia, por una decadencia nacional progresiva. La situación no era muy diferente a la que, en cualquier época, suscitaba la reacción de los profetas, que a menudo se quejaban con amargura de que la justicia se corrompía debido al soborno y al falso testimonio (Isaías 1:23; 5:23; Amós 5:12; Miqueas 3:11; 7:3, etc.).³

Quienes tomaban el poder en sus manos oprimían a pobres, viudas y huérfanos; amaban el soborno, se iban tras las recompensas y al justo le quitaban su derecho. El sacerdote enseñaba por precio, el «profeta» adivinaba por dinero, y el poderoso hablaba según el capricho de su alma. Se nos informa que «en aquellos días no había rey en Israel y cada cual hacía lo que bien le parecía» (Jueces 17:6). Y, ¿cuán bueno, recto y justo puede ser el parecer, o el juicio, de quienes han abandonado los caminos de Dios y, sin embargo, siguen convencidos de que él está en medio de ellos? «Se preguntan: "¿No está Jehová entre nosotros?"». Y concluyen: «No vendrá sobre nosotros ningún mal» (ver Miqueas 3:11).

El culto altamente desarrollado al dios masculino Baal, dios de la tormenta, y a su contraparte femenina, Asera, también conocida como Astoret (o Astarté),⁴ apelaba a los instintos humanos más bajos. Asera era la diosa fenicia de la vegetación, y señora del mar, «la amante [novia] de los dioses [del cielo]», y madre de setenta deidades.⁵ Dicho culto incluía rituales en los que mujeres actuaban como prostitutas sagradas que interactuaban con los adoradores. Esa forma de fornicación, que incluía ritos de fertilidad, ejercía una atracción casi irresistible para la gente común incluyendo a los israelitas restringidos por las estrictas leyes morales que les habían sido transmitidas por medio de Moisés.⁶

Luego llegó el tiempo de la monarquía. El pueblo, liderado por sus ancianos y acicateado por la pésima conducta de sus últimos jueces, los hijos de Samuel (1 Samuel 8:1, 2), que no siguieron el ejemplo de su padre, le exigieron al anciano profeta que les diera un rey, como tenían todas las demás naciones (versículos 4, 5). Vino entonces la era de la monarquía unida, que se extendió por alrededor de cien años, bajo los gobiernos sucesivos de Saúl, David y Salomón. Y después de la muerte de este último, bajo el gobierno desafortunado de su hijo Roboam, el reino se dividió en dos: El reino del norte, Israel, con Samaría como su capital, y el reino del sur, Judá, con su capital Jerusalén.

A lo largo de todo este proceso histórico, y a pesar de las muchas equivocaciones de su pueblo, podemos contemplar al Dios de Jeremías conduciéndolos, extendiéndoles su grada, tratándolos con misericordia y, hasta donde le fue posible, condescendiendo con ellos, como cuando exigieron un rey. A pesar de que, como el mismo Dios le dijo a Samuel, «no te han desechado a ti, sino a mí

me han desechado, para que no reine sobre ellos» (1 Samuel 8:7), en vez de volverles la espalda, Dios instruyó a Samuel para que les hiciera trascendentales advertencias y les dirigiera en el proceso de la selección de su nuevo gobernante. ¡Qué Dios!

Los dos reinos

En la división del reino, con las tribus de Judá y Benjamín al sur (reino de Judá) y las diez tribus restantes al norte (reino de Israel), el pueblo de Dios se vio confrontado con una crisis sin precedentes en su historia. Pasó lo que a menudo ocurre con las crisis; nos confrontan con resultados inesperados, con situaciones que no anticipamos, que nos imparten y traen consigo el desconcierto. Y lo que nadie había previsto nunca antes, llegó a ocurrir: el reino anteriormente unido estaba ahora separado en dos facciones antagonistas.

Las cosas no habrían de mejorar continuamente ni en el norte ni en el sur. La trayectoria de ambos reinos se vio caracterizada por altas y bajas a lo largo de su historia, pero una cosa era cierta: las cosas iban siempre de mal en peor y nunca más verían las glorias que vivieron en los reinados de David y de Salomón. El pueblo de Dios avanzaba en una declinación continua; declinación que era evidentemente más rápida en el norte que en el sur. Con muy pocas excepciones, los reyes del reino del norte fueron más perversos que los reyes del reino del sur.

Entre los primeros, sobresale el pésimo ejemplo y liderazgo espiritual del idólatra rey Jeroboam. Entre muchas otras cosas, construyó dos becerros de oro para que fueran adorados, y estratégicamente colocó uno en Bet-el y el otro en Dan a fin de desanimar al pueblo de ir a adorar a Jerusalén; así mantendría su control sobre las tribus del norte. Construyó santuarios en los lugares altos y les nombró sacerdotes que no eran de la tribu de Leví. Creó un nuevo mes y, a mitad del mismo, instituyó una celebración especial para rivalizar con la fiesta solemne que para la época se celebraba en el reino de Judá. Y él mismo asumió tareas sacerdotales (ver 1 Reyes 12:26-31). Los pecados de Jeroboam, como los de los otros reyes, y los del pueblo, trajeron consecuencias duraderas en el resto de la historia de Israel hasta que llegaron al punto sin retorno mediante su extinción como nación bajo el ataque del imperio Asirio.

Las cosas fueron un tanto diferentes en el reino del sur pero tampoco fueron ideales. Aun después de la caída de Israel en el 722 a. C., Judá continuó en su camino descendente, apartándose más y más del Señor hasta que en el año 586 a. C. Dios permitió que fueran finalmente derrotados por los babilonios. «Vino, pues, la ira de Jehová contra Israel y Judá, hasta que los echó de su presencia» (2 Reyes 24:20).

Pero esto no ocurrió sin que Dios, en su longanimidad, les extendiera durante el curso de los años su paciencia a sus hijos. El Dios de Jeremías es paciente y misericordioso. Durante todo el tiempo en que Israel y Judá fueron dirigidos por líderes perversos, Dios les envió sus profetas con su mensaje de amor, invitándolos a reconsiderar sus caminos, a apartarse del mal, y a volver a él en arrepentimiento para su salvación (Jeremías 7:25). Jeremías fue uno de ellos.

Dios le dijo a Jeremías: «Ve y proclama estas palabras hacia el norte, y di: "Vuélvete, rebelde Israel, dice Jehová; no haré caer mi ira sobre ti, porque misericordioso soy yo, dice Jehová; no guardaré para siempre el enojo. Reconoce, pues, tu maldad, porque contra Jehová, tu Dios, te has levantado, y no has escuchado mi voz, dice Jehová"» (Jeremías 3:12, 13). El ministerio profético de Jeremías fue dedicado, casi exclusivamente, a transmitirle al reino del sur los llamados insistentes de la misericordia divina.

En muchas ocasiones en la historia de Israel pareció que fracasaba el propósito de Dios para con su pueblo. Pero el Dios de lo alto, Rey del universo, es el Dios de las crisis. Aunque una y otra vez había tenido razones suficientes para permitir que dejaran de existir como nación, Dios nunca perdió de vista su propósito para con su pueblo. Ese propósito, que el pueblo no había permitido que se cristalizara en medio de la bonanza y la paz, se lograría por medio del sufrimiento y del cautiverio. En uno de los mensajes dirigidos a la capital del reino del sur, Jerusalén, Dios le expresó así su propósito:

«Esta ciudad me será por nombre de gozo, de alabanza y de gloria entre todas las naciones de la tierra, cuando oigan todo el bien que yo les hago. Temerán y temblarán por todo el bien y toda la paz que yo les daré [...]. He aquí vienen días, dice Jehová, en que yo confirmaré la buena palabra que he hablado a la casa de Israel y a la casa de Judá» (Jeremías 33:9, 14). El Dios de Jeremías es el Dios redentor.

Dos males del pueblo de Dios

El cumplimiento del propósito de Dios se vio estorbado por dos actitudes de su pueblo, a las que el Dios de Jeremías llama «males». Notemos sus palabras: «Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen el agua» (Jeremías 2:13).

El primer mal consistió en que se alejaron de Dios, es decir, perdieron la fidelidad de su juventud (vers. 2). Por lo cual él les preguntó: «¿Qué maldad hallaron en mí vuestros padres, que se alejaron de mí?» (versículo 5). Lamentablemente, los primeros en dar el mal ejemplo en este curso de acción equivocado fueron sus propios líderes: los sacerdotes, los maestros de la ley, los pastores y los profe-

tas (versículo 8). El segundo mal, resultado natural del primero, fue que cavaron para sí cisternas rotas, que no pueden retener el agua.

Las cisternas eran reservas artificiales cavadas para almacenar líquidos, especialmente agua. Por lo general eran tanques subterráneos destinados a recolectar agua en la época de lluvias. Las cisternas eran populares en Palestina. En los veranos, secos y largos, cerca de medio año de duración (de mayo a septiembre) la lluvia en Palestina, si es que había alguna, era (y todavía es) muy escasa. Este hecho, sumado a la carencia de fuentes naturales resalta la importancia de las cisternas, ya que la gente dependía para su subsistencia casi exclusivamente del agua lluvia que estas contenían. Era, por lo tanto, muy importante que durante la estación lluviosa se almacenara el agua necesaria para satisfacer las necesidades de los largos meses de la estación seca.⁷

Además de las privadas, había también cisternas públicas cavadas en las rocas, localizadas al interior de las murallas de las ciudades de modo que sus habitantes pudieran resistir cuando estas fueran sitiadas. En el área del templo en Jerusalén había al menos treinta y siete cisternas grandes, una de ellas de una gran capacidad, calculada en varios millones de litros.⁸ Por mucho tiempo las cisternas fueron cavadas en la roca caliza suave común en muchas partes de Palestina. Debido a su naturaleza porosa estas cisternas a menudo se rompían volviéndose inadecuadas para retener el precioso líquido.

Dijimos que el segundo mal fue el resultado natural del primero porque cuando abandonamos a Dios, no nos queda más remedio que buscar sustitutos. Sustitutos que siempre han sido y serán insatisfactorios y vanos. «Se alejaron de mí, y se fueron tras la vanidad y se volvieron vanos», dice el Señor (versículo 5). Al volvemos a los vanos sustitutos de Dios, nosotros mismos nos volvemos vanos. Al apartarnos de la voluntad de Dios para satisfacer nuestros intereses y seguir nuestro propio camino, cambiamos su gloria por lo que no aprovecha (versículo 11). ¿Resultados? Quebrantamiento de cabeza (versículo 16, 17). Cosechamos las consecuencias de nuestros desaciertos y luego las consideramos como castigos de Dios, y, al damos cuenta de nuestra equivocación, vivimos en amargura (versículo 19).

Necesitamos reconocer lo que el pueblo del Dios de Jeremías se negó a reconocer: que los sustitutos de Dios se convierten en nuestros dioses, y que ellos no podrán librarnos en tiempo de aflicción. Cuando, presionado por la calamidad (no por el amor a él) clamaron a Dios, él les respondió: «¿Y dónde están tus dioses que hiciste para ti? ¡Levántense ellos, a ver si pueden librarte en el tiempo de tu aflicción!» (versículo 28).

Necesitamos reconocer que en medio de nuestras crisis Dios es nuestra única esperanza, y recordar las palabras de Jeremías: «¡Jehová, esperanza de Israel!, todos los que te dejan serán avergonzados, y los que se apartan de ti serán inscri-

tos en el polvo, porque dejaron a Jehová, manantial de aguas vivas» (Jeremías 17:13). Una evidencia de nuestro abandono de Dios por otras fuentes es el descuido de la oración. Volvamos a ella y con fervor pidámosle a Dios: «Sáname, Jehová, y quedaré sano; sálvame, y seré salvo, porque tú eres mi alabanza» (versículo 14). Si lo hacemos, nos dará agua viva (Juan 4:10, 14).

La amenaza de los babilonios

El pueblo de los días de Jeremías se negó a volverse a su Dios en el mismo tiempo en que una remozada potencia político-militar emergía en el horizonte, el Imperio neobabilónico.

Las tribus remanentes del Imperio babilónico antiguo habían logrado su independencia del Imperio asirio en el año 627 a. C. El comandante de los ejércitos babilónicos, Nabopolasar, fue más tarde coronado rey en el año 626 a. C. Poco tiempo después este renaciente imperio, ahora comandado por el príncipe Nabucodonosor, venció finalmente a Nínive y la saqueó (612 a. C.), derrotó a Egipto en Carquemis (605 a. C.) y ganó el dominio de toda la región Siro-Palestina (2 Reyes 24:7). En el mismo año Nabucodonosor fue coronado rey en lugar de su padre. Al año siguiente, todos los reyes de la región llegaron a ser sus vasallos, incluyendo a Joacim, rey de Judá (2 Reyes 24:1). Nabucodonosor había llevado a Babilonia mucho botín de la ciudad de Jerusalén (2 Reyes 24:10-17)⁹ y la amenaza de futuras incursiones se cernía como una densa nube oscura que no se desvanecía del horizonte de la nación judía.

El pequeño reino de Judá se encontraba atrapado en medio de esta lucha entre grandes poderes por el control de la región y la hegemonía del mundo antiguo. Pero su actitud de no rendirse, de no cooperar con Babilonia, era contraria al propósito de Dios. El ministerio de Jeremías, centrado en Judá y su capital, tuvo su fase más intensa precisamente entre los años 606 y 586 a. C., cuando ocurrieron la primera y la tercera deportación de Jerusalén.

Los terribles acontecimientos históricos relacionados con el avance de Babilonia parecían depender de la sed de poder de monarcas sin control. Pero no era así. Notemos lo que el Dios de Jeremías le reveló al profeta: «Y ahora yo he puesto todas estas tierras en mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo, y aun las bestias del campo le he dado para que le sirvan» (Jeremías 27:6). Aquí cabe recordar la declaración inspirada de Elena G. de White:

«En los anales de la historia humana, el desarrollo de las naciones, el nacimiento y la caída de los imperios, parecen depender de la voluntad y proezas de los hombres; y en cierta medida los acontecimientos se dirían determinados por el poder, la ambición y los caprichos de ellos. Pero en la Palabra de Dios se des-

corre el velo, y encima, detrás y a través de todo el juego y contra juego de los humanos intereses, poder y pasiones, contemplamos a los agentes del que es todo misericordioso, que cumplen silenciosa y pacientemente los designios de la voluntad de él». ¹⁰

En medio de la confusión de acontecimientos socio-políticos, el Dios de Jeremías, Dios de las crisis, estaba al control. Siempre lo está. Nabucodonosor era, por el momento, su agente escogido para el sometimiento no solo de Judá sino de las naciones circunvecinas. Pero después del plazo fijado, setenta años, Babilonia misma enfrentaría el juicio divino y ella también sería destruida y desolada (Jeremías 25:8-14). El Dios de Jeremías es soberano. Gobierna supremo sobre el destino no solo de su pueblo sino de todas las naciones. Él fue quien creó a todos los seres humanos, y la totalidad de su creación es objeto de su amor y objetivo de su misión. ¹¹

Jeremías sabía cuán grande es el Dios a quien servía, aunque no lo entendiera plenamente. Afirmó: «No hay nadie semejante a ti, Jehová; grande eres tú y grande en poder es tu nombre. ¿Quién no te temerá, Rey de las naciones? A ti es debido el temor, porque entre todos los sabios de las naciones y en todos sus reinos, no hay nadie semejante a ti» (Jeremías 10:6, 7).

Dios le pondría fin a la crisis de su pueblo. Así les dijo Jehová: «Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar» (Jeremías 29:10). Y qué bueno, cuando nosotros mismos estemos atravesando por momentos difíciles, de prueba y de incertidumbre, que recordemos sus palabras en el versículo siguiente: «Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis» (versículo 11). Esta promesa ha sido especialmente apreciada por quien escribe y su familia; el versículo fue reencontrado por mi esposa justo cuando acabábamos de recibir el llamado para ir a la Universidad Linda Vista, México. Nos fue de gran bendición ante las incertidumbres de nuestro primer período de servicio como misioneros en el exterior, y lo ha seguido siendo desde entonces.

Querido lector, cuando estemos frente a la crisis en nuestras vidas, no desmayemos. En esos momentos recordemos, con Pablo, «que estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos» (2 Corintios 4:8, 9). El Dios de las crisis sostiene el control en sus manos.

El Dios de Jeremías es bueno y es fiel. Le hizo a su pueblo la siguiente promesa: «Porque vienen días, dice Jehová, en los que haré volver a los cautivos de mi pueblo de Israel y de Judá [...] y los traeré a la tierra que di a sus padres, y la disfrutarán» (Jeremías 30:3). Hagamos nuestra esta promesa hoy.

Juramentos falsos

Antes de cerrar este capítulo es conveniente que toquemos un tema relacionado con una de las actitudes equivocadas del pueblo de Dios de la antigüedad. El pueblo de Jeremías estaba autoengañado, se fiaban de palabras de mentira y se tranquilizaban con la falsa seguridad de que eran el pueblo de Dios y tenían en el templo en medio de ellos (Jeremías 7:4). Pero al mismo tiempo, no había un solo justo entre ellos; Dios les hizo la siguiente exhortación: «Recorred las calles de Jerusalén, mirad ahora e informaos; buscad en sus plazas a ver si halláis un solo hombre, si hay alguno que practique la justicia, que busque la verdad, y yo lo perdonaré. Aunque digan: "Vive Jehová", juran en falso» (Jeremías 5:1, 2). Con sus falsos juramentos, todos profanaban el nombre de Dios (Levítico 19:12).

El juramento era una solemne apelación a Dios para confirmar un dicho, o una promesa, o para hacer a Dios testigo de un parto (Génesis 21:23; Gálatas 1:20). Los juramentos jugaban un papel muy importante, no solo en transacciones legales o estatales sino también en la vida cotidiana. En los tiempos bíblicos se juraba ante el rey, ante otras personas, o invocando ciertos objetos sagrados (Mateo 23:16-22), y actuando de diversas maneras, las cuales incluían:

- a. Levantar la mano ante Dios (Apocalipsis 10: 5, 6),
- b. Poner la mano debajo del muslo del otro (Génesis 24:2; 47:29),
- c. Pasar por en medio de un holocausto dividido (Génesis 15:17, 18),
- d. Orientar el rostro hacia la ubicación del templo de Jerusalén (1 Reyes 8:31, 48).

Para el tiempo de Cristo, las regulaciones del Antiguo Testamento sobre los juramentos (Éxodo 22:11) habían sido pervertidas por los escribas, y Jesús condenó el juramento indiscriminado y trivial (Mateo 5:33-37).¹² En la Biblia se considera lícito el juramento judicial (Éxodo 22:11; Números 5:19; Mateo 26:63, 64), pero se condena el perjurio, la mención profana del nombre de Dios, la violación de los juramentos hechos delante de él (2 Crónicas 36:13) y otros malos usos del juramento (Levítico 19:12; Josué 23:7; Mateo 14:6-9).¹³

Eloy podríamos caer en una trampa similar. Para evitarlo, sometámonos a la Palabra de Dios y procuremos cumplir con nuestra palabra y honrar nuestras promesas. Que nuestro hablar, en vez de ser ambiguo, sea «sí», o «no», y expresemos precisamente lo que queremos decir, pues Dios conoce nuestros corazones (Mateo 5:37).

Vislumbres adicionales del Dios de Jeremías

El Dios de Jeremías, Dios de las crisis, cumple sus promesas. Así lo hizo en la antigüedad y lo hará también con nosotros. Por tanto, en toda crisis es nuestro deber orar. Él nos dice: «Entonces me invocaréis. Vendréis y oraréis a mí, y yo os escucharé» (Jeremías 29:12). Y nos asegura: «Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (versículo 13).

El Dios de Jeremías es el Dios libertador. Cuando esperamos en él, nos saca de las crisis predisponiendo a favor nuestro la voluntad de las personas indicadas en el momento en que más lo necesitamos. Por ejemplo, cuando Jeremías se encontraba en la cisterna oscura y húmeda a la que fue arrojado para que muriera, la buena voluntad de un eunuco etíope, y una orden dada por el rey, fueron la oportuna provisión de su Dios para liberar a su siervo (Jeremías 38:7-10).

Finalmente, el Dios de Jeremías es el Dios de paz. Después de la crisis, estará siempre dispuesto a proveernos sanidad y paz en abundancia. Nos lo asegura: «Yo les traeré sanidad y medicina; los curaré y les revelaré abundancia de paz y de verdad» (Jeremías 33:6).

Referencias

¹ *New International Version Compact Dictionary of the Bible*, «The judges».

² *Diccionario bíblico ilustrado*, «Jueces».

³ *New International Version Compact Dictionary of the Bible*, «The judges».

⁴ «Diosa semítica del amor, de la fertilidad y de la guerra, adorada por todo el antiguo Oriente: Como Ishtar en Asiría y Babilonia; como Astarté y Astoret en Egipto, Fenicia y Canaán y como Afrodita en Grecia. Algunos eruditos creen que "la reina del cielo" de Jeremías es la Astoret de los antiguos» (Jeremías 7:18; 44:16-19, 25). *Diccionario bíblico adventista*, s.v. «Astoret».

⁵ *Ibíd.*, «Asera».

⁶ *International Standard Bible Encyclopedia*, tomo 2, p. 1160.

⁷ *Illustrated Dictionary of the Bible*, s.v. «Cistern».

⁸ *New International Version Compact Dictionary of the Bible*, «Cistern».

⁹ D. J. Wiseman, «Babylonia», *International Standard Bible Encyclopedia*, tomo 1, p. 395.

¹⁰ Elena G. de White, *Profetas y reyes*, p. 366.

¹¹ *Andrews University Bible*, p. 943

¹² *New International Version Compact Dictionary of the Bible*, «Oath»; *Diccionario bíblico ilustrado*, «Juramento».

¹³ *New International Version Compact Dictionary of the Bible*, «Juramento».